

Noticia sobre la correspondencia literaria de Eduardo García (verano 2004 - verano 2006)

News about Eduardo García's literary correspondence (summer 2004 - summer 2006)

Federico ABAD

Authors:

Federico Abad
IES Gran Capitán (Córdoba)
correo@federicoabad.com
<https://orcid.org/0000-0002-3970-6401>

Date of reception: 18-10-2018
Date of acceptance: 25-04-2019

Citation:

Abad, Federico, «Noticia sobre la correspondencia literaria de Eduardo García (verano 2004 - verano 2006)», *Anales de Literatura Española*, n.º 32 (2020), pp. 171-185.
<https://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2020.32.11>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



Resumen

Este artículo constituye en esencia una selección glosada de algunos párrafos relevantes procedentes de la correspondencia literaria del poeta y ensayista Eduardo García. De su extenso archivo de correo electrónico se ha analizado el periodo comprendido entre julio de 2004 y julio de 2006, época de plenitud durante la cual publica su ensayo *Una poética del límite* y va escribiendo los poemas que compondrán el poemario *La vida nueva*. La correspondencia estudiada se distribuye en torno a cinco ejes: valoraciones de obras solicitadas por otros poetas, juicios sobre la tradición literaria, posicionamiento frente a la posmodernidad, acogida de su ensayo por la crítica y estado creativo en el que vive durante dicho periodo.

Palabras clave: correspondencia; poesía; ensayo; tradición; posmodernidad; creación; crítica

Abstract

This article is basically a commented selection of some relevant paragraphs from the collected letters by the poet and essayist Eduardo García. An analysis and study of the period July 2004-July 2006 has been done using the material taken from his large collection of e-mails. That was the time when he published his essay *Una poética del límite* and wrote the poems of his poetry book *La vida nueva*. The collected letters can be grouped in five different topics: comments on works requested by other poets, judgments of literary tradition, his position about postmodernity and the creative state he lived in this period of time.

Keywords: collected letters; poetry; essay; tradition; postmodernity; creation; critics

El archivo epistolar digital de Eduardo García es sumamente amplio. El acceso al mismo fue posible gracias al acuerdo con su viuda, quien me otorgó una copia de toda la documentación disponible en su ordenador de trabajo. Esta publicación abarca un periodo de dos años de su correspondencia, y se inicia probablemente con el tránsito de Outlook Express a Microsoft Outlook como cliente de correo. Efectivamente, se ha extraído de uno de los 18 archivos .pst –formato nativo de datos de Outlook– encontrados en dicho ordenador, número que se explica porque el poeta conservaba los pertenecientes a diferentes instalaciones de la aplicación. Al tratarse de un fichero de carpetas archivadas, los 754 Mb del mismo contenían 4.493 mensajes de diversa índole enviados entre el 28 de junio de 2004 y el 28 de marzo de 2014, de los cuales se examinaron 978 –el 21,8 %– y se seleccionaron 156 –el 16 % de los revisados–, para centrar el estudio únicamente en 44.

De la bandeja de mensajes enviados, cabe resaltar que la mayoría de los textos examinados son de carácter literario, bien sea por la materia, por el destinatario, por el cuidado en la redacción o por todo ello conjuntamente. Por razones obvias será este corpus el objeto del breve análisis que se desarrollará a continuación.

En esta correspondencia se trasluce el vitalismo que caracteriza la personalidad del escritor. Con mucha dificultad encontraremos algún mensaje suyo que pueda considerarse escueto. Es muy habitual que pida disculpas por sus demoras alegando acumulación de tareas, problemas de salud menores o circunstancias personales, pero la realidad es que su discurso epistolar nunca defrauda: expone, objeta, argumenta, sugiere, declara principios donde la prosa fluye con la fecundidad propia de un narrador o de un orador.

En este tiempo Eduardo García adquiere la costumbre de enviar originales más o menos trabajados de sus nuevos poemas a un círculo de amigos muy estrecho. Su crecimiento literario le induce a valorar la conveniencia de contrastar la factura de su obra con aquellos cuyo criterio estima y cuya discreción espera, aunque suele demandarla. Así es como nos van llegando a esos amigos retazos del libro con el que obtendría el Premio Nacional de la Crítica en 2009, *La vida nueva*, pero también alguno de los poemas de ese libro menor de extensión, que no de calidad, *Refutación de la elegía*, publicado en noviembre de 2006, cuatro meses después del límite temporal de este análisis. Entre todos ellos hemos hallado un poema inédito, *Refugio*, que envía a Ángel Zapata en septiembre de 2005.

Al indagar en la correspondencia literaria del escritor nos llama la atención la reiteración del sustantivo *complicidad* y de su adjetivo *cómplice*,

particularmente en 2004 y 2005. Se hace evidente su interés por hacer patentes los lazos que le unen a los autores con quienes comparte proyectos, enfoques, intereses.

En esta porción del archivo encontramos, como no podría ser de otro modo, mensajes de respuesta a poetas que le enviaron su libro buscando tácita o expresamente un juicio del mismo. En uno de ellos deja caer toda una declaración de principios:

No nos conocemos mucho, así que a lo mejor no sobra que te diga que no soy amigo del elogio fácil. Descreo de la excesiva cortesía entre poetas. Si te digo que me gusta lo que haces no lo dudes ni por un momento. No transijo con aquellos que no se toman muy en serio la labor poética. A la poesía hay que entregarle todo... o dedicarse a otros menesteres. Tú eres [...] de los míos. De los que se emplean a fondo en la aventura, los que se atreven a trazar un camino propio.

En el siguiente vierte elogios que denotan sus concepciones estéticas:

Me gustan mucho los «destellos» que recorren tus poemas. Nada es previsible en ellos, todo obedece a una genuina revelación. Yo diría que eres una poeta en estado puro: escribes a corazón abierto, con la palabra a flor de piel. Hay mucha vida en tus poemas. A eso le llamo yo honestidad. No escribes desde la retórica textos «bonitos», sino desde una profunda rajadura vital. Tu libro es inquietante, lo que es un elogio. Me conmueven los poemas que me enfrentan al abismo, no los que apaciguan. Eso lo tienes en abundancia: temblor.

Y en este último avanza líneas maestras sobre la tradición que inspira su propia poesía:

Es evidente que hay afinidad entre nosotros. Compartimos a algunos maestros comunes (Neruda ante todo, aunque quizá también, en algunos momentos, Vallejo). Reconozco que en esta época tan «light» no esperaba encontrarme un joven poeta como tú que apostara fuerte por la poesía de verdad. Tus referentes [...] están donde los míos: en los grandes maestros de la vanguardia-postvanguardia [...] El mercado de la poesía joven va por otros caminos. Pero nunca confundas al mercado con la literatura. Casi ninguno de los grandes maestros lo hizo: Baudelaire, Rilke, Rimbaud, André Breton, Vallejo (Quizá, ay, nuestro admirado Neruda acabó por caer en la trampa. Y lo pagó muy caro. Desde que se entregó a buscar la admiración de las masas no volvió a escribir un gran libro como «Residencia en la tierra»).

En octubre de 2004, en un correo a Andrés Neuman sobre el prólogo que este ha escrito para la reedición de *No se trata de un juego*, resume en unas cuantas líneas la tesis que defiende en su ensayo de pronta aparición:

Es natural, mi filiación romántica (vía Baudelaire, cuento fantástico...) es bastante evidente. Para uno es natural escribir de una cierta manera y no

acaba de reparar con quién tiene que ver. Y sí, lo sublime está en mi poesía (aunque la palabrita me siga sonando pomposa, pero no es eso, claro) por todas partes. Aunque en *Horizonte o frontera* gana terreno lo «siniestro» a lo «sublime», que sigue estando. En todo caso, cada vez tengo más claro que romanticismo, simbolismo, narrativa fantástica y surrealismo son eslabones de una misma cadena.

El surrealismo como último eslabón, la tradición referencial más próxima de cuantas fluyen en su poesía y que encontró un fuerte respaldo en su viejo amigo, el cuentista Ángel Zapata. A propósito de la presencia de esta corriente en nuestro país, Eduardo García dice a Antonio Lucas:

El individualismo hispano ha sido un lastre que ya va siendo hora. de sacudirse. ¿Por qué ese empeño en reconocer tan sólo influencias de la tradición vernácula? ¿Es mejor proceder de Góngora que de Rimbaud, Baudelaire, Breton...? Todos (e insisto: todos) caen en lo mismo. Como si fuera una vergüenza haber tenido olfato para reconocer que una revolución estética de primera magnitud se estaba produciendo. Todos intentan mostrar que se lo inventaban por su cuenta, o poco menos. Sin embargo, innumerables fuentes revelan lo contrario. Hechos objetivos, comprobados. Lo que no les resta ni un ápice de brillantez. Lorca puede codearse con Breton. Cernuda con Éluard. Alberti con Aragon. Sería ridículo poner en una balanza talentos de tal peso para comprobar quién es voz y quién eco. Todos son voces. Todos hicieron, juntos, una revolución.

En 2005, un año antes del cincuentenario de la muerte de Juan Ramón, intenta impulsar la edición de un libro colectivo sobre el poeta onubense¹. En un correo a cierto editor deja patente el valor que para él tiene su obra frente a la de otros poetas hispanos:

Consideramos que Juan Ramón es una figura capital que, sin embargo, ha sido bastante relegada por resultar incómoda a la interpretación «oficial» de la poesía impuesta por la precedente generación. Desde la transición Antonio Machado –poeta de gran valor, por supuesto– ha reinado en solitario (luego se sumó al pódium de la excelencia a Cernuda –pero sólo al menos vanguardista, el que menos me interesa– y más tarde –con bastantes menos méritos– a Gil de Biedma). Así lo impuso en un principio la más fácil asimilación por parte de los nuevos aires de libertad [...]. Creemos que es hora ya de releer a Juan Ramón y poner de relieve su carácter de avanzadilla de la práctica totalidad de las corrientes renovadoras de la poesía española del siglo XX, desde el 27 hasta nuestros días. En él se encuentra el origen de todos los simbolismos, así como de la poesía más próxima a lo visionario.

1. Cabe recordar que el primer premio relevante obtenido por Eduardo García fue el Juan Ramón Jiménez en 1998 por *No se trata de un juego*.

Se refiere, claro está, a *Espacio* y a su etapa final. Y en otro mensaje dirigido a Jaume Pont, adjunto al cual le envía unas fotos de un encuentro de poesía en Córdoba, declara su interés por el postista gaditano Carlos Edmundo de Ory:

Soy admirador de la obra de Ory. Me interesa su poesía misma y más aun lo que representa: la continuidad con las vanguardias, que a su vez son el origen de la mejor poesía contemporánea. Se rumorea que a Ory podrían darle el Premio Góngora este año. Ojalá. Falta hace que la poesía española reaccione del largo letargo en el que se encontraba.

Observamos, por tanto, que los referentes de nuestro poeta en ese periodo de su vida y de su obra vienen a confluír, ya sea por uno u otro flanco, en lo visionario. Refiriéndose a su ensayo, escribe a Lorenzo Oliván:

En mi ensayo apenas hago referencias a poetas españoles. No creo mucho en las cuadrillas en conflicto. La interpretación «belicista» de la literatura me pone un poco los pelos de punta. Me parece ajena al auténtico diálogo que se produce entre autores (multidireccional y en diversos planos). Sin embargo, hubo un momento en que tuve que mojarme y señalar algunos ejemplos de poetas a los que mi propuesta de poética se siente afín. Muy pocos nombres. Uno de ellos: José Hierro. Y un libro: el *Libro de las alucinaciones* [...]. Lo de la mística lo hablamos un día despacio. A mí no me acaba de convencer ideológicamente [...]. Otra cosa es que Juan de la Cruz sea poco menos que Dios padre para mí. Si era un místico..., pues qué se le va a hacer. Me daría igual que fuera heroinómano, fascista o pederasta. Un genio es un genio y sanseacabó. Es probable que el único modo en su época pre-ilustrada de ahondar en la imaginación simbólica a tan abisales profundidades fuera la ascesis mística.

Sin embargo, en otra ocasión, y en dos correos muy similares, Eduardo García escribe a sendos amigos poetas la impresión causada por una llamada telefónica de Gimferrer, cuya estética no está precisamente próxima a la suya.

La gran sorpresa me la dio el propio Gimferrer, que me llamó dos días más tarde a mi casa. Estaba calentando la comida y casi me caigo de bruces cuando se presentó. ¡No me lo podía creer! Ha sido amabilísimo. Me dio una lección de literatura en toda regla, como era de esperar. Algún día podré decir que una vez me llamó un gran poeta [...]. Me produce tantísima admiración, que no me atrevía a dirigirme a él. Es para mí un mito vivo, un gran poeta. Ahora me alegro de haber saltado esa frontera que yo mismo me había impuesto.

Si las declaraciones epistolares del poeta y ensayista respecto a sus tradiciones aportan claves singulares para el conocimiento de su obra, aquellas en las que se posiciona frente a sus coetáneos y elabora juicios sobre la modernidad no son menos esclarecedoras. En un mensaje a Vicente Luis Mora, probablemente su principal interlocutor epistolar de este periodo, se pronuncia en estos términos:

Ser posmoderno es en cierto sentido inevitable. Lo que no creo es que haya una receta, un conjunto de reglas que cumplir. ¿Neoclasicismos otra vez en la era red? Quizá haya muchos modos de ser posmoderno. A lo mejor hay que empezar a inventar nuevas etiquetas. Bajo la de postmodernidad cabemos muchísimos en sentido amplio, y casi nadie en sentido riguroso. El debate se eterniza sin conducir a casi nada. Lo interesante empieza cuando se localizan dentro de lo genéricamente posmoderno distintas líneas de fuerza. Éstas pueden cruzarse entre sí en distintos autores. Lo que quizá esté periclitando son las periodizaciones y, sobre todo, las clasificaciones. Líneas de fuerza que se cruzan: tal es nuestra época.

Digamos que la postmodernidad suscita recelos en Eduardo García, y probablemente no tanto en el poeta como en el pensador comprometido. En un correo remitido a Ángel Zapata, otro de sus destacados interlocutores, se manifiesta así:

Últimamente empiezo a tener claro que lo «posmoderno» equivale a una magnífica excusa para sentirse integrado en el sistema. Posmodernidad = pensamiento único, ni más ni menos. Leer a estos sabihondos posmodernos con la pose de estar de vuelta de todo me da ganas de vomitar. Por su boca habla, literalmente, el deseo del Amo [...]. No son nuestros cómplices, pues en el fondo son buenos «integrados» [...]. Están encantados de vivir con el cordón umbilical pegadito a los medios [...]. Su actitud estética es en realidad paralela a la del pensamiento único: esto es lo que hay, y nada puede hacerse para cambiarlo.

Frente a quienes pudieran percibir reticencias de nuestro escritor hacia el cambio de paradigma provocado por las nuevas tecnologías, el siguiente párrafo revela de qué modo enfoca dicho cambio y las oportunidades que ofrece.

No acabo de compartir tus reparos hacia la red. Por un lado, más vale hacerse a la idea, pues, como bien dices, su avance es imparable. Por otro, creo que no le hace la competencia al papel directamente. Para mí es un medio auxiliar, algo como la prensa. Me conduce a los libros, sin aspirar a sustituirlos. Lo malo sería que la nueva generación se limitase a leer en la red, lo cual sería ya la puntilla para la literatura. Pero no creo, ya ves. Al fin y al cabo, ésta siempre ha sido minoritaria. No lo va a ser más todavía ahora. Además, la red tiene la ventaja de que los letraheridos de siempre encontramos caminos para encontrarnos entre nosotros, pasarnos recomendaciones, localizar libros que de otro modo nunca encontraríamos: eso que llaman «hacer red» (piensa en sus posibilidades políticas, tal y como la experiencia iraquí nos reveló). Es un buen medio para la resistencia, ya sea ciudadana o en nuestro caso, literaria. En las catacumbas de la cultura oficial (como siempre) ahora al menos pueden circular ideas minoritarias para públicos minoritarios.

Sus comentarios epistolares en torno a la poesía actual son escasos. Obviamente, Eduardo García cultivaba el don de la prudencia cuando trataba de referirse

por escrito a sus coetáneos en un ámbito, el poético, plagado de susceptibilidades. Por poner uno de esos escasos ejemplos, en el siguiente párrafo marca distancias frente a una corriente de la que no se siente partícipe:

Tampoco creo mucho en la llamada «poesía meditativa». Quizá, como soy filósofo de profesión, me da la risa cada vez que un poeta español dice «meditar». En Francia o Alemania meditar es algo hondo, profundo, vigoroso. Tienen una tradición de auténtico pensamiento en la que se forma el común de los lectores. Un poeta es entonces un intelectual; ha leído a Kant, Hegel, Nietzsche, Heidegger..., y no incurre en obviedades que sus lectores no le perdonarían. En España suele reducirse a mencionar la lluvia en los cristales e invocar un rancio «tempus fugit» que a estas alturas nada tiene que ver con la sensibilidad de nuestra época. Con algunas magníficas excepciones, claro. Por ejemplo, *Hormigas blancas* de nuestro amigo Jordi Doce, es un espléndido libro de aforismos, pensamientos, observaciones. Un libro que no esperaba encontrar en España.

Y en este otro hace una breve referencia al prestigio que los poetas cordobeses han alcanzado en el panorama nacional², habida cuenta de que en la poesía cordobesa conviven tendencias y grupos muy dispares, tanto estética como generacionalmente.

La autoexclusión es la peor de las estrategias [...] ¿Imagináis la cara que se nos pondría al día siguiente al ver la foto-de-grupo sin ninguno de nosotros? Oficialmente no hay conflicto abierto entre los poetas cordobeses. Y en la práctica a nadie le conviene. Si hay alguna que otra tensión, más vale que no estalle abiertamente. El rótulo «poesía cordobesa» beneficia a todos. Desde fuera se nos ve como un grupo de gran presencia en el panorama nacional. Pues muy bien: dejemos que lo sigan pensando. Y no desdeñemos tampoco la posibilidad de futuras colaboraciones (la vida da vueltas...).

Buena parte de la correspondencia de este periodo está dedicada a su ensayo *Una poética del límite*, escrito entre 2002 y 2003 y publicado en octubre de 2005 con una dedicatoria a Ángel Zapata. Cinco meses antes declara a Manuel Borrás, su editor, en el mensaje al que adjunta la revisión última de su obra:

Mi incurable perfeccionismo me ha llevado a trabajar duro en el libro en las últimas semanas. Creo que ha valido la pena. Ahora está más depurado en estilo, y el hilo del discurso más perfilado todavía. He evitado en lo posible las reiteraciones [...], salvo las imprescindibles, pues el libro gira en torno a un eje que es preciso recordar para que todos los hilos queden sólidamente unidos. En total le he dado tres vueltas completas de estilo al manuscrito cuya publicación aprobaste. Cientos de detalles que de uno en uno no parecen gran

2. El mensaje data de mayo de 2006. Recordemos que la primera edición de *Cosmopoética*, el festival internacional de poesía de Córdoba que cumple ahora su decimoquinta edición, se había celebrado en 2004.

cosa, pero que todos juntos espero se adviertan en el conjunto. También el capítulo inicial, prácticamente reescrito, y un nuevo apartado sobre la aportación del surrealismo a la poética del límite [...]. Al final he decidido no incluir mi capítulo sobre el sujeto. Tenías razón. El libro es poliédrico, pero construido en torno a un eje. El ensayo cierra en tono mayor, con un capítulo que recapitula y profundiza al tiempo que se levanta en expresión. Una especie de coda después de tal intensidad no parece irle bien a la lectura.

La salida al mercado editorial de esta apuesta ambiciosa deja al ensayista, sin embargo, un sabor agridulce: aunque ha sabido vertebrar con gran acierto toda una conciencia estético-literaria, su inconsciente exige por parte de los lectores y de los medios una satisfacción acorde al esfuerzo, y ni unos ni otros se la proporcionan. A comienzos de 2006 responde a José Ángel Cilleruelo en estos términos:

Supongo que pocos serán quienes den en el blanco como tú. Por ahora me has regalado la mejor lectura que he recibido del ensayo. La mejor, sin la menor duda. Te agradezco la generosidad de tus palabras y el esfuerzo que le has echado. Casi nadie parece dispuesto a meterse a fondo en la lectura de un ensayo sobre poética. Además, cuando enviamos libros de poemas todo el mundo te envía unas amables palabras a vuelta de correo. Basta hojear unos cuantos poemas... y ya está. Pero 280 páginas de ensayo... Habrá que darle tiempo al libro, a ver si hay suerte y va calando poco a poco.

Por esas mismas fechas Antonio Rivero Taravillo escribe en *Mercurio* una reseña sobre el ensayo. Eduardo García le remite un afectuoso mensaje de agradecimiento, aunque expresa cierta perplejidad sobre alguna afirmación de la misma:

No acabo de entender la frase en la que enlazas mi libro y *La lógica de Orfeo* (que sí tienen, por supuesto, mucho que ver) con «la deriva» de los últimos años de Benítez Reyes, Gallego y Marzal. ¿«Corre paralela» significa que está en una línea similar o que son excluyentes? La metáfora de las paralelas siempre me ha dejado confuso: líneas próximas..., pero que jamás se tocan. Supongo que te refieres a una proximidad. Si es así discrepo amistosamente de tu interpretación. Los autores que citas, buenos poetas todos ellos, tienen mucho de barroco español y más bien poco de romanticismo europeo bien entendido.

El libro es reseñado también por Emilia Lanzas en *Generación XXI*, por Vicente Luis Mora en su blog –la reseña más extensa– y por Prieto de Paula en el número especial que *Babelia* dedica a la Feria del Libro de Madrid de aquel mismo año. Cuatro días después escribe a Alberto Santamaría:

Me encantó compartir contigo espacio en la reseña de este sábado en *Babelia*. Lo suyo hubiera sido que reseñaran todos y cada uno de nuestros libros por separado, pues lo merecen. Pero, como ya desesperaba de que saliera nada de nada, me encantó saber que no clamamos –al menos del todo– en el desierto.

Que apareciera en el especial Feria del Libro también es un dato a tener en cuenta. Algo está pasando, algo cambia día a día de lugar o perspectiva. Nuestros libros son testigos de una paulatina transformación. ¡Al fin! Más vale ser optimistas.

José Luis García Martín no llegó a reseñar el ensayo en *ABCD las artes y las letras*, sino que se limitó a referirlo junto con *Singularidades: ética y poética de la literatura española actual*, de Vicente Luis Mora, en una reseña sobre *Poesía sin estatua* de Álvaro García. Eduardo García escribió al crítico del suplemento para agradecerle la referencia, aunque tanto en su mensaje como en el que escribe a Mora, del que se extrae el siguiente pasaje, deja entrever su incomodidad por lo exiguo del comentario.

No somos «el otro» (la marginalidad, los resentidos..., frente a la «centralidad» de las «poéticas dominantes»), sino que saltamos al escenario para ser «el uno» (los que acabarán por repartir las cartas, planteando el espacio de la auténtica escritura, que no puede ser otra que la no normalizada).

En todo caso, *Una poética del límite* proporcionaba a nuestro escritor una verdadera *auctoritas* en el ámbito de la reflexión y la crítica literaria. En un correo fechado en junio de ese año se lo expresaba así a Andrés Neuman:

De eso se trata, de ir desplazando la crítica hacia un lugar más ecléctico y tolerante, más abierto a las apuestas que estamos intentando explorar. A ver si nos entienden, Andrés... Si somos una generación tendremos que aportar algo nuevo, sangre renovada, más allá de la fosilizada manera de concebir y analizar la poesía que heredamos de la estilística damasiana.

Entre los poetas-teóricos con los que cruza correspondencia en aquel momento destacan dos, Alberto Santamaría y Agustín Fernández Mallo. En el mensaje que escribe al primero tras recibir un ejemplar de su ensayo *El idilio americano. Ensayos sobre la estética de lo sublime* –faltaba casi un año para que se publicara *Una poética del límite*–, revela su satisfacción por encontrar compañeros de viaje en lo que él concibe como una renovación de la crítica poética.

Cada cual desde su personalidad, parece que estamos indagando en territorios próximos. Buena señal. La época nos conduce a inquietudes similares. Me encanta coincidir –¡sin contacto previo!– en ideas, líneas de fuga, horizontes. También me ha encantado descubrir que un joven poeta (y buen poeta, recalco) esté tan interesado en cuestiones de estética y teoría literaria. Creía que estaba prácticamente solo (o casi) en esa búsqueda, pues en España parece que los poetas suelen acercarse a la poesía sólo desde el flanco filológico (la vieja estilística, ya sabes). Encontrarme que arrancas de Harold Bloom y Lyotard, empleando a fondo la noción freudiana de «construcción», es simplemente una gozada para mí. Filosofía y psicoanálisis, las dos fijaciones teóricas que más alimentan al poeta que hay en mí.

El caso de Fernández Mallo merece extenderse algo más, en consonancia con los dos extensos correos que encontramos. Acabando junio de 2006 Eduardo García le escribe presentándose («Le pedí tu mail a Vicente para poder charlar en privado de nuestras cosas sin interferir en el debate colectivo del blog») y buscando su complicidad dentro de las distancias estéticas que los separan.

Que discrepes con mi libro en muchas cosas es para mí lo más natural del mundo. Los ensayos se escriben para abrir juego, invitar al debate, ponerse colectivamente en camino. Un ensayo busca [...] sus interlocutores capaces a un tiempo de nutrirse de algunas de sus ideas, reformulando algunas posiciones propias, así como discrepar de otras. En ambos casos, aunque parezcan contrapuestos, se alcanza el mismo objetivo: poner en circulación las ideas, que son entes orgánicos, vivos, y como tales en devenir, arrojados en pos del deseo, abiertos a su continua revisión, ajuste, desplazamiento... [...]. Así que estoy preparado para tus fértiles ideas, tus críticas incisivas... (mientras no se te vaya demasiado la mano y me sienta ya personalmente agredido, claro, que uno tiene su corazoncito: lo que sé no va a pasar, pues no cuadraría con tu actitud habitual). Estoy dispuesto a aprender de los errores e imprecisiones. Así que puede que me hagas un favor mostrando tus reservas hacia lo que no te convenza, si a la vez tienes la generosidad de encontrar puntos de encuentro entre nosotros. Ni que decir tiene que te ofrezco la misma clase de leal intercambio intelectual.

En la respuesta dada cuatro días más tarde por el autor del *Nocilla Project*, se pueden leer, entre otros argumentos, los siguientes:

Las pegas a las que me refería son cuestiones en las que creo que somos bastante antagónicos. Por ejemplo, hay numerosos pasajes en los que disparas a la razón científica como si ésta fuera culpable de ciertas pérdidas poéticas, pérdidas que podrían englobarse dentro de la categoría del abandono del sentimiento mitológico, etc. Bueno, yo no creo eso en absoluto: si hablamos en general, al margen de la poesía, la ciencia hoy por hoy hace mucho tiempo que ha abandonado la, digamos, razón instrumental, coincidiendo más o menos con la llegada de la posmodernidad. Para entendernos y por abreviar: la ciencia ya no es un Gran Relato³ [...]. Concretando en el impacto de la ciencia en la poesía en concreto, lo que yo defiendo con ese rollo que he teorizado y al que llamo Poesía Postpoética, es que en esta época la ciencia se erige como una creadora de metáforas novedosas, sugerentes y de un pulso totalmente poético. Ha ocurrido en todas las artes, menos en la poesía, que lleva un buen retraso [...]. Tú propones, si entendí mal (*sic*), una fusión o hermanamiento del mejor espíritu de la ilustración y del mejor de romanticismo. Y te doy toda la razón, pero yo pediría un paso más, la superación de ambos, asumiéndolos, para dejar paso a otras resonancias contemporáneas.

3. No olvidemos que Fernández Mallo es, además de escritor, físico de profesión.

La extensa contestación de Eduardo García a finales de julio se cierra con el siguiente párrafo, que resume al aparato argumental desarrollado a lo largo del mensaje y que, en todo caso, busca la conciliación de enfoques tan distintos:

Recibe mi complicidad en lo que coincidimos como en lo que disentimos. Mientras estemos ambos por la renovación será secundaria la vía que cada cual escoja para emprenderla. Es más, podemos encontrarnos en lo que compartimos. Fíjate que tú intentas una renovación de la poesía desde una actualización epistemológica científica (lo cual me parece simplemente magnífico; llevo años esperando un poeta capaz de emprenderla). En mi caso tal actualización epistemológica viene más del lado de la filosofía y el psicoanálisis que de la ciencia empírica, pero nuestros proyectos se parecen en su orientación teórica. Es como si empujáramos cada uno desde un lado de la jaula. A lo mejor nos encontramos en el aire puro que al atravesarla nos espera.

Pero lo cierto es que la redacción de aquel extenso ensayo le ocasionó a Eduardo García un significativo desgaste: por un lado, representaba una tarea de hondo calado que compendia gran parte de su reflexión en torno al hecho poético y con la cual aspiraba a situar su corpus teórico como referente; por otra, el tiempo dedicado a él suponía, según él mismo lo expresaba, arrebatarlo a la escritura de poemas. Pocos días antes de aparecer el libro le dice a José Ángel Cilleruelo en un correo:

Me acabo de dar cuenta del fenomenal lío en el que me metí con *Una poética del límite*. ¡280 páginas de ensayo sobre poesía! Mirando en Internet he descubierto que lo habitual en estos casos son o bien los ensayos breves o la colección de artículos. ¡Mira que soy bruto! [...] Se acabó. Juro darme vacaciones ensayísticas por unos años. Si caigo en la tentación que sea en viajes cortos, que no me chupen la sangre, la vida. ¡Cuánto tiempo perdido para la poesía! Nada menos que dos años. Menos mal que los dos últimos, aunque he seguido retocando el libro, no he parado de escribir. Cada vez escribo más textos para al final considerar publicables muchos menos. Cada libro me cuesta más tiempo y esfuerzo. Eso me pasa por empeñarme en evolucionar, explorar nuevos territorios. Pero es para mí irrenunciable. Escribir para mí no es «producir», sino indagar, explorar. Como ya no me niego a escribir nada que me brote, busco en todos los caminos a la vez y se me pierden por los cerros de Úbeda bastantes borradores. Pienso que así me doy margen para evolucionar, no sé. Cuando acierto me da un gusto que no te quiero ni contar, pero cuando no...

Y al mes siguiente, estando ya el ensayo en las librerías, describe a Vicente Luis Mora los estragos que, de forma paradójica, le ha ocasionado su publicación:

Debería estar feliz y contento al ver al fin realizado mi deseo, ¿verdad? Pues no. Me estoy viniendo abajo. No tengo ni idea de qué me está pasando, pero voy por ahí hecho un guiñapo [...]. Sin lágrimas, sin aspavientos, atravesando un desierto personal e incommunicable. Algo se rompe dentro de mí y no sé qué coño es. Supongo que pasará, pero por ahora lo único que puedo hacer es

intentar no sufrir demasiado y esperar, esperar, esperar... [...]. Quizá sea una crisis de pánico por apostar fuerte en una vía personal que nadie (repito, nadie) comparte en la literatura española. Pero sospecho que esa es una explicación demasiado fácil. Algo ha pasado dentro de mí que no logro entender.

Con la distancia de los años, quizá resulte posible una comprensión que el poeta no alcanzaba. En ese tiempo estaba dando a luz los poemas que acabarían componiendo su obra más reconocida y con la cual obtendría el Premio Nacional de la Crítica en 2009, *La vida nueva*. En cada uno de aquellos poemas Eduardo García entablaba una lucha fecunda entre sus dos instancias, que en términos nietzscheanos cabría identificar como la apolínea y la dionisiaca, la rigurosidad en la factura del poema y la voluntad de proporcionarle alas, el filósofo frente al poeta. En este sentido son significativas las palabras que escribe a Federico Abad en otoño de 2004 en un correo al que adjunta el poema «La paz de las mareas»:

No te extrañes de nada; me estoy soltando la coleta, desmelenándome vivo, loqueando a placer. Ya no se trata de escribir poemas «bien escritos», sino poemas vivaces, sugerentes. No poemas-reloj, artefactos precisos; sino poemas-árbol, organismos vivos. Así que no te preocupes por «entenderlo» todo. Sus sugerencias funcionan en varios planos, que es lo interesante, lo generador (o eso me parece a estas alturas). Quizá mi experiencia acuática tenga algo que ver con la tuya⁴. El poema parte de ahí y se levanta hacia espacios oníricos o visionarios. Pero la vivencia original ambos la conocemos y a lo mejor te brota la complicidad.

La información se completa en el mensaje de respuesta al de la contestación de Federico Abad, dos días después. García reconoce que está en juego su prestigio en los círculos poéticos dominantes.

No sé si me alegra o me preocupa que esté todo tan calculado. Me conviene para que no me echen de la «sociedad literaria» española (tan realista ella) hacia la «marginalidad» (vanguardista o irracionalista, se entiende). Pero mis fantasías van por la vía de ir soltando mano cada vez más. Saltos en el vacío no, por supuesto. Pero pasos hacia dentro, por la introspección... ¡todos los que pueda dar! (¡Dichoso filósofo, que no me deja soñar a pluma suelta...!).

Siete meses más tarde, a comienzos del verano de 2005, hace a Roberto Loya una ilustrativa confesión sobre este particular sirviéndose de la metáfora de la máscara:

Ahora me toca aprender a escribir con la mano mucho más suelta. Y a vivir del mismo modo. Atreverme, por ejemplo, a mostrar mi pena, lo que me falta,

4. Eduardo García había hecho una incursión en la práctica del buceo con botella por recomendación de su interlocutor.

la ausencia de una pierna perdida en mil batallas... Lo curioso, lo terrible, es que he vivido hasta hace pocos meses sin saber que tenía máscara alguna. Mucho peor, claro, figúrate cómo se me pegaba a la piel del alma. Pero miro al futuro lleno de ganas de conquistarlo. Hacer de cada minuto primavera, germinación. Lo de la máscara post-estructuralista me ha hecho gracia. Je, je. Me cae simpático ese Eduardo García, mientras no se ponga demasiado estupendo con sus cosas. Rizoma. A ver si escribo más, enloquezco un poco, y pienso menos. Quiero que el poeta le gane al filósofo la partida. O mejor, que aprendan el uno del otro y convivan pacíficamente, crezcan juntos. Pero el poeta por delante, que es más sabio en vivir (lo que de veras cuenta). Hacer arte de la vida, no es mal propósito.

Poco a poco nuestro autor va adquiriendo conciencia de que lo que él denomina «rajadura existencial» no es meramente un estado de ánimo, sino el *leit motiv* de la obra que lleva entre manos, una concepción vital y estética a partes iguales. Así se lo expresa a Pablo García Casado en octubre de aquel 2005, en un mensaje cuyo cierre merecería glosarse:

Otro dato de interés: me inspiro en el psicoanálisis [...]. Te lo resumo: El deseo como fuerza impulsora de nuestra vida, como energía vital, solo puede brotar de la falta, la rajadura existencial. Porque nos sentimos seres «en falta» deseamos desesperadamente «llenar» dicha falta. Ese deseo es lo que nos arroja a vivir, nos pone en camino, impulsándonos a emprender mil aventuras: el amor, la escritura, la paternidad... Este libro mío gira en torno (creo) a esa doble vertiente humana: falta y deseo, rajadura y entrega a la vida. Ni que decir tiene que es una cuestión vital (vívida) para mí; no una mera cuestión literaria (retórica). Como el pedazo de poeta que eres sabe de sobra, la literatura o es vida o es un fraude, ni más ni menos.

El envío de poemas del futuro libro va sucediéndose en los meses siguientes. En ocasiones cuesta trabajo saber si el poeta busca una ponderación de sus versos en el amigo al que se lo envía como archivo adjunto o, por el contrario, necesita compartir la euforia que le produce el haber logrado una pieza poética de alto valor. Véase, por ejemplo, cómo se expresa ante Vicente Luis Mora cuando le remite el original de «Las pasarelas del deseo», el poema que acabaría abriendo *La vida nueva*.

Hay un poema que guardo como oro en paño y me gustaría mostrártelo, a ver qué te parece. Si no me equivoco es lo mejor de lo mejor del libro que estoy escribiendo. Uno de esos poemas llovidos del cielo, esos de los que uno se pregunta cómo es posible que le hayan nacido. De verdad que me parece superior a mis fuerzas, tocado por la gracia, en fin. A lo peor te produzco una excesiva expectativa, no sé. Léelo sin prejuicios, déjalo reposar y vuelve a él. Luego me cuentas. A lo mejor te va bien para la antología. La verdad es que no se lo daría a una revista ni loco, es demasiado avanzar del libro inédito. Poemas así pasan años hasta que nos nace uno. Allá va. Ni que decir tiene que

es «top secret» absoluto. Un gesto de complicidad entre nosotros: como lo de James Bond, «sólo para tus ojos».

Resulta curiosa la relación afectiva de los escritores con sus obras. Si en «Las pasarelas del deseo» el poeta alberga la certeza de que se trata de un poema intachable, en el caso de «El vacío y el centro» Eduardo García expresa numerosas dudas cuando se lo remite a Ángel Zapata junto con «El retorno»:

Me interesa sobre todo mucho-mucho tu opinión del segundo [El vacío y el centro, *aún sin título*], que es el que más intrigado me tiene. Es un hijo mío en el que sólo medio me reconozco. A ver si me das luz. Tampoco sabría cómo retocar un texto así, que parece destinado a ser tosco por naturaleza. Es como si el asunto lo pidiera a gritos. No me parece un acierto escribir un poema muy «peinado» desde un sujeto estallado. Tampoco lo veo bien como está. En fin, que me tiene perplejo [...]. Empiezo a pensar que o soy varios poetas (que no creo) o (más probable) no soy ninguno [...]. Cuanto menos sé quién soy más a gusto me encuentro en la vida. Fluyendo, vaya.

Para finalizar, se reproduce el texto del correo que envía a Federico Abad recién comenzada la primavera de 2006. El poema referido y que el autor adjuntaba al mensaje no es otro que «El hueco y el impulso». La acepción existencial del «hueco» aparece por primera vez en el capítulo final de *Horizonte o frontera* –concretamente en los poemas «Intruso» y «Las puertas»: «Siento a mi espalda / una densa tiniebla, un hueco que respira» y «Siento a mi espalda un hueco impenetrable» respectivamente–, reaparece en «Destino», uno de los poemas publicados en 2006 en *Refutación de la elegía*, y adquiere carta de naturaleza en *La vida nueva*, donde es abordado en ocho de sus poemas.

Después de tres meses de aridez creativa, me nació este poema el miércoles pasado. Creo que tiene mucho que ver con las conversaciones que compartimos. También con la muerte de mi suegro y otras obsesiones que me persiguen en los últimos meses. Pero sinceramente creo que nuestros últimos encuentros han sido desencadenantes de este poema. Por eso tengo la intención de dedicártelo en mi próximo libro [...]. Si lo lees con complicidad, es todo tuyo. Pero si te produce rechazo (lo cual podría ser comprensible, pues es en extremo doloroso), ya encontraré otra ocasión para rendir homenaje a nuestra amistad. Es un mero borrador, pendiente de afinar por todas partes. Nació así, tosco, brutal. Sé que necesita darle muchas vueltas todavía, pero también veo en él una insólita potencia emocional, así que estoy convencido de que puede llegar a ser uno de mis mejores poemas. Considéralo un gesto de complicidad. Cuando hablo del «hueco» no puedo hacer humanamente otra cosa que referirme en primera instancia al mío, pues es el que padezco de primera mano, el que me duele. Pero también al tuyo, al de Rafi, al de las personas que quiero, ante cuyo «hueco» siento resonar en mí el mío propio.

En resumen, el periodo analizado del archivo epistolar de Eduardo García nos desvela aspectos singulares del escritor en uno de los momentos más fructíferos de su carrera literaria. Contrariado por la demora en la publicación de ese texto en el que había cifrado su reconocimiento como teórico⁵ y decepcionado por la tibia acogida que tuvo, transita por una crisis existencial que, sin embargo, va a tener como revulsivo uno de los poemarios más celebrados en la poesía española de las últimas décadas. Una búsqueda incesante, la suya, estimulada por la voluntad de *desenmascarar* la realidad a través de la poesía, cuestionando todos los principios –los suyos los primeros– a fin de lograr esa *conciencia simbólica*. Como confiesa a Alberto Santamaría en el penúltimo mensaje de este periodo:

De lo que se trata es de estar en continua evolución, ¿no? Una poética en marcha para una vida que transcurre. Aspiro a llegar a ser un «aprendiz» con muchísimo camino a la espalda, pero siempre con camino por delante, sin perder el impulso de la renovación vital. Lo contrario («madurar», ser un poeta «consagrado») equivale a fosilización, convertirse en esas momias egipcias de las que hablaba Nietzsche.

Bibliografía citada

- GARCÍA, Eduardo, *No se trata de un juego*, Huelva, Colección Juan Ramón Jiménez, 1998.
- GARCÍA, Eduardo, *Escribir un poema*, Madrid, Fuentetaja, 2000.
- GARCÍA, Eduardo, *No se trata de un juego*, Granada, Maillot Amarillo, 2004.
- GARCÍA, Eduardo, *Horizonte o frontera*, Madrid, Hiperión, 2003.
- GARCÍA, Eduardo, *Una poética del límite*, Valencia, Pre-Textos, 2005.
- GARCÍA, Eduardo, *Refutación de la elegía*, Málaga, Antigua Imprenta Sur / Centro Cultural de la Generación del 27, 2006.
- GARCÍA, Eduardo, *La vida nueva*, Madrid, Visor, 2008.

5. *Escribir un poema*, publicado en 2000 y reeditado en 2003, poseía rasgos ensayísticos, aunque era en esencia un manual de escritura